

## **La ciudad (1)**

**María Zambrano**

La ciudad. Una ciudad. Una ciudad cualquiera. La de cada uno, pues que cada hombre tiene su ciudad, la suya propia e intransferible a la que no cambiaría por ninguna otra en el mundo, y la que no podría tampoco cambiar, ya que la ciudad es el lugar entre todos donde nuestra vida social y en ciertos aspectos esenciales íntima, crece y se expande. Porque la ciudad donde hemos nacido, crecido, donde quizás han nacido también nuestro antepasados, es la matriz, la madre que nos nutre y sustenta aun sin que nos demos cuenta de ello.

Mas un día, inexorablemente, nos damos cuenta de lo que es nuestra ciudad para nosotros. Un día, cuando nos hemos alejado de ella o cuando por algún acontecimiento de esos que está sembrada la historia, la perdemos aun quedándonos en ella.

Y ciudad en este sentido es no solamente la grande ciudad, la metrópoli, ni la pequeña ciudad provinciana, sino también el pueblo y aún el poblado o caserío donde nacimos o crecimos, donde ante todo aprendimos a hablar. Y aprendiendo a hablar, a ver, a mirar; a oír y escuchar; a reconocer las cosas y los seres dándoles un nombre. Donde nos fueron trasferidas las primeras imágenes del mundo todo, visto; sentido desde "allí".

Pues que la ciudad en este sentido amplio y genérico es un lugar geográfico. Mas en este mundo no existen para el hombre lugares exclusivamente geográficos, sino lugares históricos, aunque, en algunos casos, poca historia haya habido en ellos. Historia, en este sentido amplio, genérico, es ante todo tradición: idioma, modos de considerar la vida, creencias religiosas, costumbres, formas de decir y de actuar, en suma: lo que se podría incluir en una amplia, genérica, definición de un "estilo de vida". Y con mayor precisión todavía con el término del filósofo alemán Dilthey *Weltanschauung*, es decir, visión o concepción del Mundo. Se ve y se mira el mundo todo desde un lugar determinado: un lugar donde nos sentimos estar cobijados, un lugar donde las cosas y los seres nos hablan directamente en un lenguaje que con palabras o sin ellas, no nos vemos obligados a traducir. Y este lugar lo llevamos con nosotros a lo largo de nuestra vida, aunque hayamos entrado en familiaridad con otros lugares y con formas de cultura e idiomas diferentes.

Jorge Santayana, el filósofo de origen y nacimiento español, como se sabe, se trasladó a Boston junto con su madre y sus hermanos cuando contaba tan solo diez años. Allí, en Boston, estudió y allí fue profesor; extrañamente no tuvo éxito alguno en una tentativa de entrar a formar parte en el Ministerio de Estado de España como traductor e intérprete que hizo en uno de sus frecuentes viajes a la Patria, cuando tenía poco más de veinte años. La "patria", hemos escrito, porque nunca perdió su nacionalidad española. Después, dejada la cátedra, se retiró a vivir en Inglaterra y al fin se instaló en Roma donde murió tras más de veinte años de habitar en ella. Escribió como se sabe, en inglés todas sus obras de filosofía y de crítica y su única, extraordinaria novela *El último puritano*. Pero, en sus memorias, dice que ha mirado siempre el mundo desde Ávila, tal como la vio, ha seguido

mirando, viéndolo todo, ya que todos, dice, necesitamos de un mirador. Y quizás por esto, pienso, no quisiera cambiar una nacionalidad de la que ningún provecho ni ventaja alguna había extraído ciertamente. Este lugar donde nos hemos iniciado a la vida es propiamente la ciudad primera, la que nunca se pierde se vaya donde se vaya después, sea o no lo que propiamente se llama una ciudad.

(1) En *Aurora. Papeles del "Seminario María Zambrano"*, nº 3, Barcelona, 2001, pp. 141-142. Artículo publicado por primera vez en *Semana*, Puerto Rico, 11 de noviembre de 1964.